GUADALAJARA, Abril 14 de 1885.

En vista del dictamen del muy Rdo. P. Comisario general de Franciscanos, Fray Teófilo G. Sancho, expresado en el ocurso que antecede, acerca de lo que había leído del compendio de la obra del P. Alonso Rodríguez, intitulado EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS, escrito por el Rdo. P. Fray José María Portugal, y siempre que acerca de lo restante de dicho compendio forme el mismo favorable concepto, concedemos nuestra licencia para su impresión, como S. P. M. R. lo solicita; debiéndose publicar al principio de la obra tanto el ocurso mencionado como este decreto. El Ilmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo así lo decretó y firmó. = M— *El Arzobispo*.=JACINTO LÓPEZ, Secretario [1].

[1] Hoy arzobispo de Linares.

# TRATADO PRIMERO

## DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

## CAPÍTULO PRIMERO

Preciosidad y belleza de los bienes espirituales. — Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos.

### § I

Yo deseé la inteligencia, y me fué concedida: invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió; y la preferí á los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas; ni comparé con ellas las piedras preciosas, porque todo el oro respecto de ella no es más que menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo [1]. » Así estimaba y deseaba Salomón la sabiduría, y así ha de ser también nuestro aprecio y deseo de la perfección y de todo lo que sirve para conseguirla. En su comparación lo demás nos ha de parecer un poco de arena, de lodo y basura. « Todas las

[1] Sap., VII, 7-9.

cosas tengo por basura, — decía el Apóstol, — con tal que gane á Cristo [1]. »

2. He aquí un gran medio para alcanzar la perfección: el aprecio que hagamos de ella; porque si éste fuere muy grande, así también será nuestro aprovechamiento, supuesto que la voluntad es potencia ciega y sigue lo que el entendimiento le propone; y por lo mismo, si éste le presenta la perfección cristiana como lo más amable y excelente, la deseará la voluntad con toda su fuerza, y nacerán de tal deseo las grandes resoluciones de dejar el pecado, el poner en práctica los medios más oportunos para seguir el camino del Señor y continuar en él llenos de diligencia y alegría.

3. Somos negociadores del reino de los cielos; y como la grandeza de los bienes que encierra es la mayor que podemos concebir y su excelencia con nada es comparable, debemos estimarlos sobre todos los bienes de la tierra. La tierra con todos sus encantos y bellezas debe ser para nosotros, cuando vemos el cielo, como triste páramo donde sólo tenemos que llorar. Para David era un desierto sin agua y sin camino, y para el gran Ignacio de Loyola una mansión de dolor.

4. Tengamos, pues, en nuestro corazón un aprecio muy grande á los bienes espirituales;

1 Philip., III, 8.



y para que veamos hasta dónde debe levantarse semejante aprecio, recordemos lo que nuestro Señor Jesucristo contestó á sus discípulos cuando volvían de su misión llenos de gozo. « Señor, — le dijeron, — hasta los demonios se nos sujetan por la virtud de tu nombre. — En esto no os gocéis, — les dijo Jesús, — porque los espíritus os están sujetos; antes gozaos porque vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos [1]. » En adquirir, pues, y ganar el reino de los cielos hemos de poner nuestro contento y alegría; porque, de otra suerte, no nos aprovechará ganar todo el mundo si perdemos nuestra alma.

5. La virtud, la perfección cristiana tengan, pues, en nuestra estimación un lugar preferente sobre todos los intereses y bienes de este mundo, y por lo mismo, nunca dejemos nuestros ejercicios espirituales, ya que su práctica es la que nos conserva y adelanta en la santidad; y si alguna vez llegamos á omitirlos, la gran voluntad que tenemos de servir á Dios háganos suplir de algún modo aquella triste omisión, que de esta suerte no nos dañará.

¡ Oh mi amable y buen Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Disipad las tinieblas de mi alma, mostradme la preciosidad y la hermosura de los

1 Luc., X.

bienes espirituales y haced que los estime en toda su importancia.

§ II

6. Debemos apreciar en gran manera la virtud y perfección cristiana; pero esto no es todo: es también indispensable desearlas vivamente. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos;* esto es, de la virtud y perfección. No basta cualquier deseo, sino es necesario que éste sea tan grande que llegue á producir el hambre y la sed espiritual, de tal suerte que podamos decir con David: « De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á Ti, Dios mío [1].»

7. Semejante deseo es de suma importancia, pues bien sabemos que el principio para alcanzar la sabiduría, que es el conocimiento y amor de Dios, en lo cual consiste nuestra perfección, es un deseo verdadero y muy grande de ella misma [2] porque en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar, y cuanto más grandes

1 Psalm. XLI, 2.
2 Sap., VI, 6.



son aquel amor y este deseo, mayores son también nuestro cuidado y diligencia en alcanzar el fin que nos hemos propuesto.

8. Si nuestra conducta es buena por el respeto humano ó el temor de los castigos, no hay que esperar que adelantemos mucho en el camino de Dios, ni que duremos en él por mucho tiempo. Hay diferencia muy grande entre las cosas que se mueven por un impulso violento y exterior, y las otras que lo tienen natural; las primeras, cuanto más adelantan pierden más de su fuerza, sucediendo lo contrario en las segundas: tirad la piedra hacia arriba, y cuanto más suba, más perderá de su fuerza; pero al descender, cuanto más bajare, más se aumentará su fuerza y ligereza.

9. Si queremos, pues, adelantar en el camino de Dios, es necesario que el deseo de la virtud sea muy grande y sincero y enteramente voluntario; porque á nadie violenta el Señor para que sea perfecto, y si en realidad no queremos la perfección, serán inútiles todos los medios exteriores que practiquemos para conseguirla.

10. «¿Cómo podré salvarme?»—preguntó á Santo Tomás de Aquino una hermana suya; y el Santo la respondió: « Queriendo. » Si queremos, pues, aprovecharemos, seremos perfectos y nos salvaremos; pero nuestra voluntad debe ser sincera, y nuestro deseo muy grande y

constante; que Dios por su parte no nos faltará.

11. Semejante deseo nos hará diligentes y llenos de cuidado en todas nuestras obras, y hará muy fáciles y suaves aun las cosas de suyo muy dificultosas y pesadas.

12. Los grandes deseos de la virtud y perfección agradan mucho al Señor, que colma de sus bienes á los que tienen hambre; porque El mismo inspira esos deseos, y lleno de amor espera que le abramos nuestras almas. « Yo estoy á la puerta y llamo », nos dice en el *Apocalipsis*; y en los *Cantares* había dicho el Amado á su hermana : « Abreme, hermana mía. » Y si le abrimos, lo hallaremos sentado á nuestra puerta. Está esperando; y ¿qué espera el Señor ? Nuestro corazón para usar con nosotros de misericordia. Y quiere que sean muy grandes los deseos que tengamos de servirlo, para que sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa los deseos con que se digne después enriquecernos. Deseos muy grandes, sinceros y eficaces, pues de otra suerte serían veleidades más bien que deseos, y entonces podrían decírsenos estas palabras : « Los deseos matan al perezoso, porque sus manos no quieren trabajar poco ni mucho; todo el día codicia y desea ; el justo, empero, nunca está sin obrar [1].

1 *Prov.*, XXI, 25-26.



13. « Si, pues, buscamos al Señor, busquémosle, — decía Isaías, — y con deseos verdaderos, eficaces y perseverantes. Lo que nos pide el Señor es que obremos con justicia, y amemos la misericordia, y caminemos con solicitud y diligencia en el divino servicio [1]. »

14. De estos deseos que Dios nos ha cumplido, su divina Majestad nos dice : « Los que de mí comen, tienen más hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben [2]. » Porque los bienes espirituales, cuanto más los poseemos y gustamos, otro tanto vamos descubriendo en ellos un valor y una preciosidad inestimables, y sus delicias, en vez de fastidiarnos, aumentan los deseos que de ellas teníamos, y seguimos gustando sin fastidio las nuevas dulzuras que nos traen consigo.

15. *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.* Dios nos da lo que deseamos, y quedamos satisfechos; mas, con todo, el hambre no cesa, ni se extingue la sed que tenemos; pero ese hambre no da pena, sino contento, y esa sed no fatiga, sino recrea y nos llena de un gozo muy grande.

16. Si nuestro corazón está lleno de los deseos de la virtud, tenemos una gran señal de estar en gracia de Dios; « porque no hay mayor

1 Mich., VI, 8.
2 *Eccl.*, XXIV, 29.

señal ni más cierto testimonio de la presencia del Señor en el alma, — dice San Bernardo, — que tener un gran deseo de más virtud, más gracia y perfección [1] »; porque el mismo Dios pone en ella el hambre y la sed que tiene, y la lleva tras sí, como corriendo al olor de los perfumes; mas si no la tenemos temamos, no sea que la ausencia de Dios nos haya dejado sin esa hambre y esa sed de que hablamos.

17. Ignora el hombre si es digno de amor ó de odio. Terrible incertidumbre, tristísima ignorancia. Y aunque durante la vida no podemos tener seguridad de hallarnos en la gracia de Dios sin una particular revelación, sin embargo, podemos tener algunas conjeturas que nos lo indiquen; y una de ellas, y muy principal, es andar con hambre y deseo de aprovechar y de ir cada día creciendo más y más en virtud y perfección; pues la senda de los justos es como la luz brillante que va en aumento y crece hasta el perfecto día; y, al contrario, el camino de los impíos está lleno de tinieblas, ni advierten el precipicio en que van á caer [2]. El justo nunca dice basta, porque camina de virtud en virtud; el tibio va siempre descendiendo, y su luz se va debilitando hasta quedar envuelto en las profundas tinieblas del pecado.

---

1 Serm. 2, *S. Andreae.*
2 *Prov.*, VI.



18. ¡ Oh buen Señor ! Ahora no os pedimos solamente pan, sino también hambre y sed de justicia, para que después de esta vida quedemos satisfechos con la abundancia de los bienes celestiales.

## CAPÍTULO II

El no ir adelante es volver atrás.— Medios para adquirir la perfección.

### § I

En el camino de Dios, el no ir adelante es volver atrás. Lo dicho es sentencia común de los santos; oigamos por todos á San Bernardo, que hablando con un tibio se expresaba en estos términos : « ¿ No queréis ir adelante ? — No. — ¿Luego queréis volver atrás? — Tampoco. — ¿Pues qué queréis ? — Permanecer donde estoy : ni adelantar ni retroceder. — Queréis lo que no es posible ; porque nada permanece en este mundo, y del hombre está escrito : « Huye como la sombra, y nunca » permanece en el mismo estado. » Del divino Jesús está escrito que adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres; y por lo mismo, si queremos permanecer en El, tenemos que andar como El; y si El camina y nosotros nos paramos, cada vez

nos veremos más lejos de su divina Majestad. »

2. En el camino de la virtud no hay medio entre el subir y el bajar, entre ir adelante y volver atrás; ese camino es como la escala de Jacob, en la cual no se paraban ni se detenían los ángeles, sino que bajaban ó subian por ella.

3. Si hallándonos en medio de un río caudaloso quisiéramos estar parados, sin ningún esfuerzo nos llevaría la corriente; ¿y no estamos durante la vida en medio de impetuosas y terribles pasiones, cuyo vencimiento exige de nosotros constantes y grandes esfuerzos? El reino del cielo padece fuerza, y los esforzados lo arrebatan.

4. Un criado que no es ladrón, ni jugador, ni tiene otro vicio, pero se está sentado sin hacer lo que le corresponde, digno es de ser castigado, pues no hace lo que debe. Un labrador, hombre de bien en todo lo demás, pero que no quisiese sembrar, ni arar, ni cultivar la viña, por la misma razón digno sería de ser reprendido. ¿Qué mayor mal queremos en una tierra que el ser estéril, especialmente si es bien labrada y cultivada? Pues nuestra alma ha sido cultivada por la mano de Dios, regada con las gracias de los cielos y calentada con los rayos del Sol de justicia; si después de esto permanece estéril, ¿no será criminal delante de Dios y no podrá temer sus terribles castigos?

5. La calma en el mar es muy peligrosa



para el navegante, porque le hace consumir sus provisiones sin llevarlo al puerto, y lo mismo nos sucede cuando hacemos calma en la virtud; consumimos lo que hemos adquirido en perfección y santidad, y después nos hallamos sin nada en medio de las olas y tempestades y tentaciones que se levantan y de ocasiones que se ofrecen, para cuyo vencimiento teníamos necesidad de más virtud; pero ésta se ha consumido en la calma, y nosotros nos hallamos en los mayores peligros de perdernos.

## § II

6. ¿Qué haremos para evitar estos peligros y adelantar en la virtud y perfección? He aquí los medios que nos proponen los santos:

7. El primero es de San Pablo, y consiste en olvidar el bien que hemos hecho y poner los ojos en lo que nos falta [1]. No debemos ver el bien pasado, porque esto serviría de ocasionarnos soberbia creyéndonos algo y de preferirnos á los demás, como lo hizo el fariseo, que recordando sus buenas obras se prefirió al publicano, que sólo pedía misericordia de sus faltas, y del cual dijo Jesucristo, y no del otro, que había salido justificado del templo.

---

1 Philip., III.

8. El recordar lo que hemos hecho en el camino de Dios nos dará ocasión de descuidarnos y andar con tibieza y flojedad, pareciéndonos que hemos trabajado mucho y que ya es tiempo de irnos al descanso. Los caminantes, cuando empiezan á cansarse, vuelven los ojos atrás para ver lo que han andado; y así también nosotros, cuando nos cansamos y nos entra la tibieza, vemos nuestras obras pasadas, y esto hace que nos contentemos con ellas y nos quedemos de asiento en nuestra flojedad. Para evitar estos males veamos lo que nos hace falta, así como el deudor que ha abonado su cuenta piensa en lo que aún le queda por pagar, y esto le inquieta y lo trae con gran cuidado. Nosotros pensemos también en lo mucho que nos falta que pagar á Dios: he aquí nuestro cuidado y la espina que siempre hemos de traer atravesada en el corazón.

9. Poco aprovecha al caminante haber andado mucho si no llega por fin al lugar adonde va. Así también, el que corre en el estadio no consigue el premio, por más que comience á correr con ligereza, si se cansa y se detiene antes de llegar al término de la carrera. Corramos, pues, de tal manera que logremos el premio, reflexionando que un largo camino nos queda todavía que andar: muchas pasiones tenemos que vencer; y en cuanto á las virtudes, ¿cuáles son las que hemos adquirido?



10. Los comerciantes cuidan con toda diligencia de aumentar su caudal y no hacen caso de lo que han ganado; así debemos hacerlo nosotros: de qué manera seremos más humildes y mortificados, y cómo aumentaremos nuestra caridad y todas las virtudes; he aquí el grande objeto y la santa ocupación de nuestras almas. Trabajemos, pues, en esto mientras viene el Señor.

11. Los comerciantes no pierden punto ni dejan pasar ocasión en que puedan aumentar su capital; hagamos nosotros lo mismo, sacando provecho de la palabrilla picante que se nos diga y de lo que se nos mande contra nuestra voluntad, de la ocasión que se nos ofrezca de humillarnos, recibiendo todo esto con acción de gracias y alabanzas al Señor.

12. Los comerciantes no piensan más que en sus ganancias, y en todos sus negocios discurren sobre la manera mejor de conseguirlas: ¡oh, si así también buscáramos la virtud y perfección cristiana! sin duda pronto daríamos con ellas; y, sin embargo, ¿qué son las ganancias temporales comparadas con los bienes de que hablamos y con agradar á Dios en nuestras obras?

13. «¡Ay de mí! — exclamaba el abad Pambo al ver á una mujer mundana que iba muy compuesta. — ¡Ay miserable de mí! que esa mujer pone más cuidado en agradar á los

hombres y llevarlos á su perdición, que yo en agradar á Dios y llevarlos al cielo! » Con más razón que aquel santo avergoncémonos nosotros viendo que los hijos de este siglo son más prudentes en sus negocios que nosotros en los negocios de la salvación de nuestras almas.

14. El segundo medio para aprovechar es también de San Pablo, y consiste en poner los ojos en cosas altas y de gran perfección [1], porque es necesario pasar muy adelante con nuestros deseos para llegar siquiera con la obra al punto que es indispensable. Cuando un arco está flojo, debe apuntarse más alto para dar en el blanco; ahora bien: nosotros, por el pecado, quedamos como el arco flojo y cuéstanos gran trabajo el cumplimiento del deber; y por lo mismo, para no faltar nos es indispensable pasar con los deseos muy adelante. Para animarnos á esto recordemos que el Señor nos ha dicho: « Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial. » Pongamos los ojos en nuestro Hermano primogénito, Jesucristo, y si tan alto ejemplo nos deslumbra, contemplemos á nuestros hermanos, tan flacos como nosotros y llenos de pasiones, tentaciones y malas inclinaciones, que han sabido vencer con su virtud. Su ejemplo debe animarnos, y al ver nuestra vida y la suya andaremos confundidos y humi-

1 I Cor., XII.



llados, considerando cuán lejos estamos de llegar á lo que ellos llegaron. « ¡ Ay de mí, que falsamente tengo el nombre de religioso! — decía San Antonio Abad después de haber visto á San Pablo ermitaño. » ¡ Ay de nosotros, que falsamente tenemos el nombre de cristianos, pues no cumplimos como muchos otros cumplen los deberes del Cristianismo, y no cuidamos de adelantar en la virtud!

15. El tercer medio que tenemos para nuestro aprovechamiento, consiste en hacer caso de cosas pequeñas y no menospreciarlas: que quien las desprecia, poco á poco vendrá á caer. Es de suma importancia este medio, pues por faltas muy pequeñas comienzan los justos, que caen después en males muy grandes. Ninguno se hace de repente muy malo ni muy bueno, y como las enfermedades del cuerpo, las del alma por lo común se engendran también poco á poco.

16. Las casas no se caen de improviso, sino que primero comienzan las goteras, después se pudren las vigas, se debilitan las paredes, llega el mal á los cimientos y, por fin, la casa viene á tierra. Así comienzan nuestras pasiones: penetran poco á poco, debilitan insensiblemente las virtudes, hasta dejarlas sin vida.

17. He aquí el terrible mal que hay en menospreciar las faltas pequeñas; las grandes culpas se conocen más bien y nos mueven á evi-

tarlas con mayor empeño; no así las pequeñas, que por serlo no nos dan cuidado. Por esto decía San Crisóstomo que en algunas ocasiones es menester poner más diligencia en evitar las faltas pequeñas que las grandes, las cuales de suyo, por su gran fealdad, nos mueven á evitarlas. De pequeñas gotas de agua multiplicadas se forman avenidas capaces de arruinar grandes edificios. Por un pequeño agujero en un navío puede entrar el agua en tanta cantidad que lo sumerja; y ¿qué adelantaremos al perdernos, si esto sucede, no en virtud de terribles y grandes pasiones, sino á consecuencia de faltas pequeñas, que poco á poco nos llevaron á grandes extravíos, y por último á perder el alma?

18. Si negamos á Dios todo lo que podemos sin culpa grave; si no somos generosos con su divina Majestad, todavía nos dará sus auxilios generales para que no caigamos; pero tal vez no aquellos especiales y eficaces que acostumbra á dar á los que nada le niegan, sino que son liberales con El, procurando agradarle en lo mucho y en lo poco, en las obras de obligación y en las de consejo. Siendo, por lo mismo, escasos con Dios, merecemos que Dios lo sea con nosotros, y mucho hay que temer que el Señor no nos dé sus auxilios eficaces y vengamos á caer en el pecado.

19. «El demonio,—dice San Crisóstomo,—



es un terrible enemigo que tenemos, que no duerme ni descansa, y contra el cual es necesario que estemos siempre con gran cuidado para no ser vencidos, y para esto el único medio será tener granjeado el auxilio especial de Dios por medio de una vida arreglada y perfecta [1]. »

20. El que teme á Dios nada desprecia, porque sabe que las cosas pequeñas lo pueden traer á las más grandes, y teme que si él no es liberal y generoso con Dios, tampoco lo será con él su divina Majestad.

21. ¡Oh Dios mío, es mi corazón tan miserable y tan pequeño, y todavía lo quiero dividir entre Vos y las criaturas! ¡Ser Vos tan amable y lleno de bondad para conmigo, llenando mi alma á cada instante de gracias y favores, y yo no querer entregaros todos mis afectos! Dadme vuestra gracia para romper los lazos que me unen con el mundo, para vencer con fortaleza mis pasiones y serviros con toda perfección.

---

1 Homil. 90, *in Genes.*